

PEDRO EL NIÑO TARTAMUDO



Autor: Luis Castejón Fernández

CAPÍTULO 1: LEER UN TRABALENGUAS

Me llamo Pedro y soy tartamudo. Soy muchas más cosas que tartamudo, pero empiezo así mi historia porque poder decir esto así: soy *tartamudo*, con la cabeza bien alta, sin miedo ni vergüenza, es algo que no hice nunca.

Desde pequeño escuché a la gente hablar sin parar, sin pensar casi lo que decían, con total naturalidad articulando sílaba tras sílaba, palabras, frases, preguntas, respuestas... trenes de palabras interminables que pasaban veloces como pasan los trenes por los aldeas pequeñas sin parar en la estación. Yo, sin embargo, yo, siendo uno más, tan niño como todos los niños, igual a ellos en todo lo demás, de su misma especie y cultura, yo, en muchas ocasiones soy incapaz de decir mi propio nombre: Pedro. Cinco letras, cinco sonidos que todos podéis decir en un segundo para mí son, a veces, un muro alto y difícil de superar. Y es que mi habla, como vais a ver en esta historia, a veces hace ¡plas! contra el muro, como cuando tiramos una bola de barro mojado o un globo de agua contra una pared.

La p se me pega en los labios con fuerza como queriendo quedarse allí y luego sale intermitentemente, a sacudidas, pepepe, para terminar patinando en la última e, pepepeee, con el dro no hay problema. Esto me pasa al decir mi

nombre pero en otras situaciones que os iré contando también repito sílabas, me paro y hago más cosas con mi boca y con mi cuerpo cuando hablo. Así es como tartamudeo yo, pero otras personas que conocí lo hacen de maneras diferentes, cada tartamudo tiene su propio estilo: unos repiten más sílabas, otros menos, otros se paran mucho tiempo entre sílaba y sílaba,...

En la tele, desde muy pequeño, he visto a algunos humoristas que lo hacían como yo y la gente se reía a carcajada limpia. Nunca entendí esas risas y sigo sin entenderlas. Lo que para mí era una gran dificultad, para humoristas, directores de cine y público en general era motivo de risa. Además, en las películas, los tartamudos siempre salen como medio idiotas, nerviosos, cobardes, problemáticos, se les caen las cosas, son torpes, feos...nunca he visto en una película a un tartamudo protagonista, valiente, conquistador... Os imagináis a Tarzán, a Batman o a Spiderman tartamudos, tartamudos de principio a fin de la película, no tartamudos antes de convertirse en héroes, tartamudos como un rasgo más de su personalidad excepcional, de sus poderes mágicos para saltar de rama en rama o de edificio a edificio. Si esto fuese así, seguro que mis compañeros, mis profesores, mis padres me hubiesen visto de otra forma.

A mi padre nunca le hizo gracia la tartamudez de los cómicos porque la veía por mis ojos y no sabía como borrarla de mi boca. Lo terrible no era que yo fuera a ser tartamudo sino que iba a ser estúpido, medio idiota, débil...como esos personajes de cine. A mi madre la oí llorar alguna vez por mi tartamudez. Yo cuando hablaba con ella notaba en su rostro una expresión de angustia que ella no podía disimular, era muy cariñosa conmigo, pero cuando yo tartamudeaba ella lo pasaba fatal, miraba hacia otro lado, se iba de la habitación. Mi padre se esforzaba por ayudarme, me decía que tenía que tranquilizarme, me mandaba repetir palabras y yo no podía, lo aseguro, no

podía. El problema es que en ciertas ocasiones yo sí era fluido y eso hacía que me dijeran:

- “¡Ves cómo puedes!. Cuando quieres puedes, tienes que esforzarte”.

Pero yo no podía, era imposible decidir nada sobre la tartamudez, cuando quería aparecía y me dejaba tirado en cualquier sitio, más aún, cuando más necesitaba que no apareciese, allí aparecía, como diciendo: si no quieres taza, toma taza y media. Yo hubiera deseado ser fluido para hacer feliz a mi padre y a mi madre pero no pude conseguirlo.

Cuando tenía 4 años, un día en una fiesta de cumpleaños, me acerqué a mi madre para pedirle agua y noté que ella ya desde lejos me miraba con esa cara que quería decir: *vete, vete, no vengas ahora que estoy con estas amigas y no quiero que noten tu estúpida tartamudez*. Pero yo fui porque tenía sed y ella se apresuró a sacarme el agua y dármele sin mediar palabra, así fue, bebí, pero cuando terminé, una de sus amigas que no me conocía preguntó:

- Y este niño, ¿cómo se llama?

Mi madre mudó el rostro, era pánico lo que tenía ahora en sus ojos, dijo aceleradamente:

- Se llama Pedro, y tiene cuatro años.

Todo esto lo decía mientras yo permanecía allí con la p pegada en mis labios y después vinieron las tres repeticiones y la prolongación de la vocal. El dro, tan bien que me salía ni se oyó. La mujer ya se había vuelto a mi madre para decirle: *pero es tartamudo*. Por primera vez de boca de aquella mujer oí la

palabra mágica: es *tartamudo*. Me fui corriendo a seguir jugando con mis amigos y amigas.

A mis amigos cuando era pequeño no les importaba mi tartamudez y a mí me importaba muy poco. Me fastidiaba estar un tiempo en silencio mientras los otros esperaban y me miraban y me quitaban el turno de conversación; me fastidiaba esto como me fastidiaba que me quitaran el balón cuando corría por la banda izquierda o que me quitaran un “tazo” o un “gogo” o un cromó. Me fastidiaba no poder decir lo que quería decir pero seguía jugando, seguía la conversación, al menos lo intentaba con ilusión. Me fastidiaba esto y me fastidiaba la mirada de mi madre y los esfuerzos de mi padre por enseñarme algo que yo, ahora lo sé, no podía aprender, o mejor, algo que los niños no pueden aprender como él me lo quería enseñar. Con el tiempo, sin embargo, mis amigos empezaron a comportarse de forma parecida a los mayores, a ver en mí, además de a Pedro compañero de juegos, coleccionista de cromos, además de a Pedro delantero centro y portero fenomenal, además de a Pedro patinador, compañero de pupitre aplicado en sumar, aprender a leer, a escribir y a hacer todas las fichas que se pusieran por delante, digo, que empezaron a ver en mí a Pedro tartamudo: a Pepedro. Así me bautizó un día Luis, mi amigo Luis, en clase delante de la profesora y entre las risas de los demás.

Era un día soleado de abril, habíamos jugado un partido muy disputado, yo, a Luis, el capitán del otro equipo, le había metido cinco goles, uno de tacón y otro por debajo de las piernas. Para un niño de 8 años no estaba nada mal, el balón aquel día me obedecía en todo, regates, pases... cogí el balón por la banda, llegue hasta el fondo, regateé a un defensa, me puse ante Luis y ¡zas! Por debajo de las piernas,... era el quinto. Después vinieron las bromas y las risas.

- ¡Cinco cero! ¡Una manita! -les decíamos a Luis y a su equipo-

Nos pasamos de risas, lo reconozco, pero ellos también lo hacían cuando nos ganaban. Entramos en clase todos sudados y nos sentamos todavía con la respiración agitada y la victoria en los labios. La profesora dijo:

-Vamos a leer, Pedro empieza tú.

Todo fue muy deprisa y yo, al oír la palabra leer, ya noté que el corazón se me agitaba ligeramente porque no era muy habitual que leyésemos en clase en voz alta después del recreo y me pilló por sorpresa. Después al oír *Pedro empieza tú*, el corazón se multiplicó, daba unos bombazos que debían hacer vibrar los riñones, el hígado y todo el cuerpo. ¡Qué miedo tenía!. Nadie lo sabía pero yo tenía pánico a leer. Tenía pánico y además no lo podía decir: *señorita es que tengo miedo porque a veces tartamudeo y eso no gusta a nadie, ni a mi padre, ni a mi madre, ni a mis compañeros, ni a usted*. Os imagináis decir esto. No hay sitio para la tartamudez en la escuela, uno puede tener miedo al hombre del saco, a la oscuridad, a bajar al garaje a por una botella de vino, a un perro...cualquier miedo merece una disculpa ante un niño, pero no hay sitio para el miedo a tartamudear, no hay posibilidad ni de nombrarlo. Yo tengo miedo a hablar, no me mande leer, los niños tartamudos tienen miedo a leer y a hablar y esto no importa a nadie, la gente no lo sabe y se quedan con nuestras sílabas y nuestros bloqueos y con nuestros gestos faciales.

Así estaba yo, oyendo mi corazón y notando el sudor en mis manos y la tensión en mi cuerpo, cuando volví a escuchar con un tono seco de señorita de 3º de Primaria:

- Pedro, venga, empieza tú, los goles ya se acabaron.

Mientras decía eso mis ojos ya habían descubierto un texto plagado de “pes” y de “kas”. Era un trabalenguas: *compre pocas copas, pocas copas compré y como compré pocas copas pocas copas pagué.*

Yo pintaba muy bien, en matemáticas iba de cine, en el fútbol ya lo visteis, cinco goles en un recreo y a Luis, el mejor portero de la clase, ya veis que escribir no se me da del todo mal, pero aquello era demasiado, pedirme a mí con el corazón pegando botes, con el pánico en los bolsillos...

- ¡Pedro empieza de una vez!

Una gota de sudor cayó sobre el libro.

- Com-com-compre pppppo,..

La clase estalló en risas. Allí estaba la señora tartamudez con traje de gala, como siempre, esperando la mejor ocasión para aparecer y dejarme tirado. El héroe del partido se había convertido, en un minuto, en el personaje más ridículo de la clase, clavé mis ojos en el libro y estuve a punto de llorar, me quedé paralizado, las risas lo llenaban todo. La profesora les mandó callar, y entonces Luis, siempre tan gracioso, soltó: - ¡Pepedro, Pepepedro ¡.

Y todos volvieron a reír y decían entre risas: pepedro.

- ¡Luis ya vale!

Me quedé por primera vez, de manera consciente, solo con mi tartamudez, solo con aquel monstruo que era yo mismo. Soy, desde entonces, Pepedro tartamudo para servirle a usted en todo lo que pueda ayudarle.

Bueno, Yolanda, la profesora, insistió. Cuando los niños se callaron volvió a pedirme que leyera, pero ahora con un tono de cariño y protección me explicaba que tenía que tranquilizarme y respirar y leer despacio... No dije ni una palabra más, no lloré, pero me quedé callado, mudo y entonces ella decidió mandar leer a Juan, pero anunciándome que mañana lo leería otra vez delante de todos y les demostraría lo bien que lo podía hacer esforzándome por no tartamudear.

Esforzarse. Qué idea tiene el mundo de que los tartamudos tenemos que esforzarnos por no tartamudear, luchar contra la tartamudez, vencerla, nadar contra corriente. Es una idea fija. Los negros bailan muy bien, en el norte llueve mucho, los niños no pueden estar toda la mañana del sábado viendo la televisión y los tartamudos tienen que esforzarse. Pues no, hay negros que no saben bailar, días soleados en Islandia, mañanas maravillosas para ver y ver la tele y por su puesto tartamudos que no tienen que esforzarse, esto a lo mejor vale para algunos, me imagino que muchos dejarán de tartamudear así como salen las flores en el campo y los profesores deben de pensar que es porque se esfuerzan, pero a un tartamudo como yo, tartamudos de pies a cabeza, tartamudo de primer, segundo y tercer apellido, esforzarse sólo le hace tartamudear más.

Algún día el mundo se tranquilizará y llegará a comprender esto. Piensan que conocen la tartamudez, como piensa que conoce el mar uno que lo ve desde la playa y piensa que el mar son olas y mucha, mucho agua, pero ignora que el agua moja y que el fondo está lleno de vida y de corrientes ocultas. En fin, qué se le va hacer.

Seguro que muchos pensáis que todo esto es demasiado dramático, que no hay para tanto, pero es que desde la fluidez no podéis imaginar lo que es tartamudear como lo hago yo. La diferencia!. Ese es el problema, si todos en mi

clase fuesen tartamudos y la profesora también, mi lectura del trabalenguas de las copas tendría mucha aceptación, pero como soy diferente pues todos se fijan en la diferencia y la quieren eliminar. Los humanos quieren igualarlo todo. Los blancos tardaron siglos en entender que los negros eran personas como ellos y los sometieron a la esclavitud durante generaciones y generaciones traficando con ellos. Así lo explicó el otro día la profesora de sociales y es cierto. Los fluidos tardarán siglos, generaciones y generaciones de tartamudos pasaran, hasta que entiendan que ser tartamudo es una forma de ser diferente y que por ser tartamudo no tienes que esforzarte más, ni extrañarte, ni reírte, ni suspenderle el examen oral porque no se esfuerza. ¿Por qué no atravesáis la tartamudez y veis lo que somos, lo que queremos decir?

Si algún tartamudo lee esto estoy seguro de que no le parecerá tan exagerado lo que cuento. Yo pienso que somos nosotros los que tenemos que hacer que esto cambie, pero eso ya lo explicaré, ahora seguro que queréis saber qué pasó al día siguiente en clase. Yolanda era una profesora muy buena y muy guapa, tengo de ella un gran recuerdo. La pena para mí es que ella tenía el mismo miedo que yo a la tartamudez y eso nos alejaba. En el recreo, cuando ella nos vigilaba, a veces, se acercaba a hablar con unos y otros y se reía con nosotros. Conmigo no habló nunca, me miraba de una manera especial, con una sonrisa tierna y afectuosa pero no me decía nunca nada porque cuando yo tartamudeaba ella se quedaba desconcertada sin saber muy bien qué hacer y prefería que no pasáramos ese mal rato. Así es la tartamudez, cuando menos te lo esperas va y levanta un muro entre tú y otra persona. Es fácil, coge los ladrillos de mi miedo y de mis ganas de ocultarla y el cemento, de buena calidad, del desconcierto que produce en los otros. Así vivimos los tartamudos en un laberinto amurallado que parece no tener salida.

Al día siguiente, Yolanda no me mandó leer. Ni al siguiente. Ni al siguiente. Pero después de un mes, cuando yo había casi olvidado el temor de

leer el trabalenguas, un día, también por sorpresa Yolanda sacó un nuevo trabalenguas: *cuando cuentes cuentos cuenta cuántos cuentos cuentas, cuenta cuántos cuentos cuentas cuando cuentes cuentos*. Y dijo:

- Bueno, este trabalenguas lo vamos a leer todos juntos.

Todos leímos a coro, como una sola voz.

- ¡Muy bien! -dijo al final la señorita.

Me miró y dijo:

- ¡Muy bien Pedro! Y ahora vamos a leer el mismo trabalenguas de tres en tres.

Cuando yo lo leí con dos compañeros volvió a decir mirándome con una sonrisa y levantando las cejas casi hasta el pelo:

- ¡Muy bien Pedro!

A todos nos gustaba esa forma de leer y nos reíamos al terminar. Yo sólo tenía una preocupación, no sabía si al final iba a tener que leerlo yo solo.

- ¡Y ahora de dos en dos!

Así lo hicimos Yo y Juan, a dúo. Era divertido, pero ¿qué haríamos después?. De haberlo sabido Yolanda aquel día me habría hecho plenamente feliz porque el final de la clase fue brillante.

- Y ahora, venga, lo va a leer el que quiera.

Y lo leyó uno y luego otro y después, sin que nadie me mandara, no os lo vais a creer, empecé a leerlo casi sin pensar y lo leí de principio a fin con muy pocas dificultades. Se hizo un silencio especial en la clase. Yolanda estaba muy satisfecha, sonreía otra vez de oreja a oreja y pienso que todos celebraron mi éxito. Fue un baño de multitudes.

-Muy bien Pedro. Para que veáis como cuando se esfuerza puede.

Yo disfruté de aquel día, había superado un momento de tartamudez, probablemente algún día dejaría de tartamudear y entraría en el mundo de los normales, en el mundo de los fluidos, de los despreocupados por el habla. Llegué a casa feliz, pero en realidad esta euforia mía era un engaño. Ahora lo sé. Yo no me había esforzado en absoluto aquel día, era ella, la profesora, la que había suprimido, sin saberlo, mi miedo al crear un ambiente en el aula que para mi resultaba más agradable. Lo malo, lo que ella no sabía es que la tartamudez estaba igual que hace dos semanas, la única diferencia era que el miedo no la había despertado, permanecía agazapada, a la espera de encontrar su momento.

La tartamudez es un momento imprevisible en el que no puedes encadenar sílabas como los demás. Aparece y desaparece, y esto confunde a padres, a profesores y a los mismos tartamudos los deja en guardia, como centinelas de su habla. La tartamudez desaparece una temporada y todos piensan que el tartamudo la ha vencido, que se ha esforzado, que es fuerte, pero luego reaparece y todos piensan entonces que el tartamudo es un débil que no se esfuerza por corregir su problema. La realidad es que yo mismo no sé de qué depende mi tartamudez, yo no dirijo esta nave, va sola, es más, cuando intento gobernarla se arrebatada y aumenta, enloquece, se enquistada, aparece y aparece con más fuerza. Y nadie entendía esto, todos pensaban que

yo decidía cuándo tartamudeaba y cuándo no. Mi padre estaba especialmente convencido de que yo con mis puños, “con dos huevos”, así me lo decía él muy apasionado, iba a resolver el problema. Para entender la tartamudez pienso que hay que tenerla dentro y observarla, estudiarla, conocerla en distintas situaciones y aceptarla, quererla, no esconderla. Esto lo aprendí más tarde y ya os contaré cómo. Ahora prefiero seguir con mi historia.

CAPÍTULO 2: LA FIESTA DEL CHISTE

Imaginaos una sala oscura, plagada de telas de araña que sólo visita un guardián deforme para mover con delicadeza unas botellas cubiertas de polvo, unas botellas como las de una bodega que en cierta ocasión visité con mis padres cerca de Logroño, una sala lúgubre en la que se van acumulando como el polvo y la suciedad, mis vivencias de niño tartamudo, mis sentimientos negativos. Un rincón secreto que su dueño, yo, se esfuerza por mantener oculto a todos, que todos ignoran, que nadie quiere visitar y en el que el mismo dueño odia estar. Allí están el miedo, la culpa, el comentario cruel grabado en las paredes, las miradas de extrañeza cuando ven mis muecas faciales, las palabras temidas anotadas en libretas, las imágenes de las personas que sólo con verlas empiezo a tartamudear por dentro y por fuera, las tiendas, el teléfono, la vergüenza, la humillación, la irritación, la rabia... y allí está también, es la única luz que hay, la esperanza de ser fluido en cada conversación, en cada intervención en clase, la esperanza de hablar bien cuando voy a comprar el pan o cuando cojo el teléfono o cuando se me acerca mi tía Emilia o un desconocido.

La esperanza la alientan mis padres desde que tengo cuatro años, mis profesores cada vez que me ven atascado como un bobo, los médicos, psicólogos y logopedas que visité, y yo mismo. La alimentamos todos cada vez que la tartamudez desaparece por un momento, por un día o por una semana, porque veo yo que es muy difícil entender un problema que aparece y desaparece sin saber muy bien el porqué. Las sombras las alimento yo también, porque cada día que tartamudeo en público aparecen esos sentimientos que a nadie gusta sentir, que nadie quiere entender ni ver (ni siquiera saben que existen), pero que a ratos no me dejan descansar, se ocupan de mí tanto que se han hecho dueños de mi persona. Os diré que ahora no tengo sólo miedo a tartamudear, tengo miedo a sentir lo que siento antes y después de tartamudear. Es una bonita imagen, la de esta bodega que se podría titular: Todos a los pies de La Gran Dama que es la tartamudez.

Dar la lección en clase, leer, responder a una pregunta, participar en un debate, un examen oral, un ejercicio en la pizarra, contar un chiste... ¿Entendéis que ese es mi problema?, ¿Sí?, ¿Creéis que sí lo entendéis?. Si decís que sí, es que no, no termináis todavía de entender lo que me pasa, la imagen de la sala de La Gran Dama no fue suficiente y deberé insistir en el tema porque es fundamental para que conozcáis mi historia.

Ahí, en esas situaciones que os enumeré y que cada día ocurren en el colegio, en esas actividades que organizáis para enseñarnos sólo está una parte de mi problema, importante, claro que sí, pero el problema empieza antes. Empieza ya cuando yo sé que en la clase de lengua hay que dar la lección, que en clase de sociales el profesor va a preguntar, que en inglés hay que leer en voz alta o que en la catequesis hay que decir una oración... Curiosamente, las oraciones a dúo o a trío me van muy bien, lo mismo que cantar, así no tartamudeo y, por eso, cuando la cosa va de cantar yo no tengo problema. El problema empieza, ya os lo dije, cuando lo sé, porque entonces

ya siento que se enciende algo dentro de mí, sé ya que tengo muchas posibilidades de sentir lo que no quiero sentir. El problema continúa después de tartamudear, claro que sí, porque el alivio por haber terminado de hablar dura sólo unos segundos y después va llegando el humo de aquel fuego y lo va llenando todo, a veces todo.

La solución podéis pensar que está entonces en hablar de sopetón, sin previo aviso. Atacando frontalmente al enemigo, con fuerza y vigor, sin utilizar los costados, directamente a la cabeza. Muerte por susto. Como en la fiesta del chiste que organizó D. Juan un día; ya sabéis que a veces a los profesores les gusta pasar una clase agradable olvidando los problemas y los libros para disfrutar de la amistad de sus alumnos.

- Hoy como habéis hecho muy bien el examen del último día y empiezan las vacaciones, vamos a dedicar la clase a contar chistes, vamos a contar chistes...

Un bosque de dedos buscando su turno para contar un chiste. El mío claro, no estaba en el bosque. Además, yo estaba tranquilo porque D. Juan era un profesor que nunca me hacía hablar en clase, bueno, ni a mí, ni a casi nadie. Nos hacía salir a la pizarra a hacer problemas y sólo si los hacíamos malos nos mandaba explicar las razones de lo que habíamos hecho...Allí nos comunicábamos con números y escribiendo más que hablando. Además, yo tengo que confesar que las matemáticas para mí siempre resultaron entretenidas, soy de esos alumnos a los que ni el problema más difícil se resiste. Más de una vez salí a la pizarra después de que nadie supiera resolver un paso de un problema. Mis intervenciones eran estelares, me hacían sentir muy bien, D. Juan y toda la clase seguían mis explicaciones numéricas en las que yo decía cosas como: "bueno", "lo dividimos", "entonces", "despejamos otra vez"... sin tartamudear en absoluto. Esa forma de hablar y hacer siempre me

lleva a la fluidez porque me hace olvidar un poco el habla, bueno, no sé si es por eso, pero yo hablando y escribiendo apenas tartamudeo.

Don Juan que era un profesor serio y exigente me miraba con admiración. Cuando me atascaba en una palabra me la terminaba y eso no me gustaba mucho, nunca me gustó que terminaran la palabra que voy a decir porque prefiero decir yo mis palabras. Me gusta más que esperen a que termine. Bueno, en el caso de D. Juan no me importaba porque me valoraba mucho como alumno de matemáticas. También mis compañeros me admiraban por mi facilidad para las matemáticas, en el recreo o en el camino a casa me preguntaban cosas sobre problemas y yo les ayudaba con gusto:

- Pepedro, ¿cómo termino este problema?

- Eres un genio, tartamudo pero genial, explicas mejor que el Juanelo.

Esos comentarios sobre mi tartamudez no me molestaban ya tanto como hace unos años, estaba acostumbrado. Al principio, en tercero y en cuarto, con 8 o 9 años, sí me cabreaba cada vez que me lo decían, incluso llegué a pelearme con Luis y con algún otro de su pandillita de abusones. Siempre que pude defendí mi posición en la clase y la clase en el colegio es muy importante, es como tu familia escolar, tus colegas frente a los otros: los mayorones, los pequeños y los profesores. Digo siempre que pude porque a veces este problema que yo tengo me hace sentirme indefenso y desamparado, como un mendigo que admite lo que los otros ven en él para que le den algo, una limosna o un cacho de pan.

Cuando estábamos en cuarto, en las fiestas del colegio, jugamos un partido de fútbol contra los de quinto, aquel partido lo preparamos a fondo, yo llevaba la camiseta del Barcelona que me habían regalado por mi cumpleaños

y jugaba de delantero. El resto de la clase nos animaba, habíamos hecho hasta una canción:

Somos los de cuarto,
no somos creídos,
no somos los mejores
pero somos superiores.
¡Somos campeones!
¡Cuarto! ¡Cuarto!

La primera parte era un rap y el final *somos campeones, cuarto, cuarto* lo cantábamos con la música de “we are the champions” dando golpes con piernas y manos. Sonaba muy bien, sobre todo cuando lo cantaba toda la clase en un solo grito. Luis y Guillermo se pasaban los partidos gritando y riendo, ellos eran los capitanes, los que hacían el equipo y decidían donde jugábamos los demás. Ellos comentaban cada jugada y, claro, eran ellos los que gritaban al que fallaba o no hacía lo que pensaban que había que hacer. Guillermo, aquel día, con el calor del público, estaba muy encendido: “bien Pepedro”, “pasa”, “suéltala ya”, “eres un inútil”. Cada vez se fue cabreando más porque perdíamos, especialmente conmigo, no me dejaba en paz. Cuando me quitaron el balón en una de mis carreras por la banda me dijo:

- “Pepedro, chupona, eres un tartamudo de mierda”.

Yo, bastante harto de tanto grito, cuando oí aquello me volví hacia él y le pegué un empujón, nos agarramos, hubo golpes y patadas, él no paraba de insultarme, me dio un puñetazo en el labio y nos tuvieron que separar los profesores. Los dos terminamos en el banquillo sin mirarnos. Perdimos 6-2. Me sentía mal, pero había defendido mi posición.

Con el tiempo, a partir de quinto, con 10 años, digo que me acostumbre al mote, todos teníamos uno, y también llevaba mejor los insultos pero, en el

fondo, tenía un sentimiento de culpa por tartamudear, sabía que tenían razón y que tenía que llevar aquella carga siendo bueno con ellos porque me admitían a pesar de mi tartamudez. Me hice un poco mendigo de mi tartamudez. Además, oponerse a un mote que te molesta o a un insulto, es la mejor forma de hacer que lo usen más y con mala baba. Un mote se puede decir con muchas intenciones, se puede decir con naturalidad, como un nombre más, “Pepedro vamos a construir una cabaña” y se puede decir con la intención de ofender, de molestar, de hacer daño “Pepedro preséntanos un telediario”. Si uno disimula lo mucho que le molesta que le llamen Pepedro y se lo guarda en la sala secreta, consigue que lo utilicen menos con mala leche.

Así, fui aprendiendo a convivir con los abusones de mi clase, esos que tienen un olfato especial para descubrir los defectos de los otros y ponerlos al descubierto con burlas continuas. En fin, que lo admití pero con resignación, como un precio que tengo que pagar por ser lo que soy, tartamudo, y que la gente quiera seguir tratando conmigo. Los abusones siguen ahí y hay que negociar con ellos como con la mafia, con ideas defensivas que a mí se me van ocurriendo solo, sin que nadie me las diga, porque esto no lo enseña nadie. Tener en cuenta que la escuela para un niño tartamudo es como una selva y a veces hay que avanzar a golpe de machete y otras hay que esperar y esquivar con la cintura. Lo que sí puedo decir es que el tartamudo está bastante solo como tartamudo, es su problema, los demás no lo ven, no lo conocen o no quieren verlo.

A los profesores estos asuntos de los motes, los insultos y las burlas les importan poco, sí, estoy convencido. “Ya vale, no está bien reírse del defecto de nadie porque todos tenemos defectos”. “Qué sea la última vez que en esta clase alguien se ríe de alguien por la forma que tiene de hablar”. Con fórmulas como estas los profesores se quedan satisfechos y somos nosotros, las víctimas, los que tenemos que aprender a defendernos en este temporal.

“Pobre” deben pensar y esa compasión es como la falsa moneda, no sirve para nada.

Tengo compañeros diferentes en algo, que destacan por sus grandes orejas, por ser gordos, por sus gafas, por vestir con ropas ridículas, como por ejemplo aquellos pantalones cortos, cortitos, color mostaza de Tino (que sabe Dios de dónde los sacó su madre). Algunos de éstos compañeros, veo yo que no saben defenderse de los abusones. Luis, Guillermo, Nacho y otros del grupillo, los humillan continuamente, se burlan de ellos en el patio, en el autobús, en el comedor... y no les dejan ni levantar cabeza, y todo ante la mirada de los profesores que insisten en que tenemos que respetarnos y bla, bla, bla. Yo pienso que sería mejor que se callasen sus teorías sobre la tolerancia porque esa manera de hablar lo único que hace es alentar a los abusones. Para un abusón, estoy convencido también de esto, la bronca de un profesor es una medalla y para la víctima una humillación.

Bueno, pero volvamos a la historia de la fiesta del chiste de Don Juan que se me va el hilo y os perdéis. Volvamos a la sala de los horrores, a la fiesta del chiste. Empezó la fiesta del chiste, y al mismo tiempo mi desgracia personal sin que yo en ese momento lo supiera. Bernardo contó uno de franceses, ingleses y españoles listos al final, como el del castillo del fantasma de los ojos azules. Luis uno de Jaimito. Cristóbal uno de tartamudos. Guillermo uno verde. Pilar uno de un colmo. Alfonso uno de “mariquitas” ... Lo normal de la típica fiesta del chiste. Algunos cuentan cinco, otros dos y otros, como yo, ninguno. Con el chiste de Cristóbal sentí que me ponía colorado y pensé: “tierra trágame”, “desastre a la vista”. A mí no me gustaba oír hablar de la tartamudez ni en chistes. Bueno, pues no, pasé desapercibido, nadie se fijó en mi desconcierto ante el chiste de Cristóbal. Lo malo empezó cuando en el amplio repertorio aparece un segundo chiste de tartamudos, esta vez lo cuenta Cristina. Algunos me miran, porque Cristina, mi amiga Cristina, parece imitarme

a mí cuando tartamudea, y esto me saca de mi comodidad y también alerta a Don Juan. Mi tensión, mi temor en un ambiente tan distendido, mis ganas de que aquella fiesta terminase no podían pasar desapercibidas. Mi amigo Don Juan, el que decía que era el mejor alumno que había tenido en años, el que me llamaba Pedro Diez en vez de Pedro Díaz cuando leía las notas de los exámenes o pasaba lista, había tenido una idea que nada tenía que ver con las matemáticas.

- ¡Silencio! ¡Silencio!... ¡Callaros un momento!... ahora va a contar un chiste...

¡Qué horrorosa sensación tiene uno cuando sabe que se va a encontrar con lo peor de sí mismo!, lo terrible no es tartamudear sino el estado en que te deja, los sentimientos que aquel guardián deforme remueve en su bodega oscura y lúgubre. La gran dama despliega sus alas. El corazón, las manos sudadas, la tensión facial, el cuerpo rígido, la tartamudez agarrada como una ventosa en mi lengua, en la garganta, en la mandíbula y toda la clase mirándome, a la espera. Recuerdo los ojos de Cristina, mi amiga Cristina, arrepentida, seguro, por haber contado aquel chiste de tartamudos que me había dejado en este trampolín tan alto con el agua allí abajo, allá a lo lejos, sin posibilidad de bajar por las escaleras.

- Pedro, venga, estamos esperando tu chiste. Tú tienes que saber un chiste y vas a contarlo.

Don Juan insistía con cierta impaciencia, con cierto enfado. El matemático metido a profesor de tartamudez, un nuevo corrector de mi defecto que no entendía que aquí no había solución, que en la tartamudez uno más uno con frecuencia suman 3 y en este caso del chiste más de cien. Se hizo un gran silencio. Miré con odio al mundo. Imaginaros mi mirada. No podéis. No

tenéis una sala oscura como la mía en vuestro interior. Hay bloqueos mudos, que te dejan tenso y sin palabras, la garganta primero, la lengua después, los labios cerrados pero sin apretar. Las patadas en el suelo. Qué más quisiera yo que poder repetir unas sílabas, que hablar a trompicones cuando me pongo así. No sale nada. El sudor bajando por mi cuerpo de niño. En aquel momento la vergüenza, la fuerza contenida, estaban en mi mirada, pero parecían no verla. Y los ojos de mis compañeros mirándome con esas expresiones de extrañeza lo avivaban todo.

-Quiero que cuentes un chiste ahora mismo, la vida no son sólo matemáticas, también hay que saber divertirse con los compañeros.

Nadie se reía. La situación plantó un silencio enorme en la clase. La insistencia de Don Juan, la sorpresa de la situación, aumentaban mi cólera, sí, mi vergüenza se hizo rabia. Aquello no se podía entender. ¿No me veía o qué? En algunas fiestas, los antiguos, sacrificaban un animal como ofrenda a los dioses, todos en la fiesta danzaban con cuatro paños mal puestos y el pobre animal en medio, a la espera. Imaginaos lo que sentirá el animal. En aquella fiesta del chiste también hacía falta ofrecer un sacrificio a la multitud y el animal era yo.

Don Juan caminó hacia mi mesa despacio, se detuvo de pie ante mí. Pero, ¿no veía mi bloqueo?, ¿no veía mi sufrimiento?. En su decisión estaba el propósito de darme una lección de habla que me sirviese para siempre. Yo no podía hablar. Un bloqueo mudo, es una manera de estar estando lejos, como una pequeña muerte. Cincuenta ojos mirándome sin contar los dos de D. Juan que ahora me miraban desde arriba. “No sé ningún chiste” quería decir. Pero ni la N, ni la o, ni la s. El bloqueo duraba ya varios segundos.

-Tienes un problema y los problemas se afrontan, cuenta un chiste, venga, sin miedo, coge el toro por los cuernos.

¡Era el colmo!. Entonces la cólera se apoderó de mí. Me levanté y me fui corriendo de la clase dando un portazo que dejó temblando los cristales opacos de todos los ventanales del pasillo y yo pienso que hasta la pared. Corrí hacia el campo de fútbol, sentí terror y lloré solo aquella tarde amarga bajo un inmenso cielo gris. La fiesta del chiste. Bonito recuerdo para mi vida. Me decía a mi mismo en voz baja “no sé ningún chiste”, “no sé ningún chiste”, “no sé ningún chiste” y ahora podía decirlo con fluidez, entonces grite: “¡No sé ningún chiste!. ¡No sé ningún chiste!. Pero no había nadie. Estuve mudo el resto del día. Me quedé solo paseando por el patio y luego me fui a casa. Estaba fuera de mí. Empezó a llover, el cielo gris no resistió más y empezó a llover. Llegué a casa sucio y empapado, con el alma rota y sin libros porque me los había dejado en clase.

- ¿Dónde están los libros?, ¿Por qué vienes tan pronto?, ¿qué te pasó?

Para qué seguir, nadie comprende la tartamudez, ni en casa, ni en el colegio, ni en la tienda del pan, ni en la taquilla del autobús. Lo mejor es ocultarla, disimularla, disfrazarla. En ocasiones señalo mi garganta y digo que no puedo hablar, otras llevo un papel escrito con el pedido que quiero hacer en la frutería o hago un gesto de que algo se me olvidó y me voy. Todo menos tartamudear. Con 11 años, en sexto de primaria, la sala de que os hablé al empezar este capítulo de mi historia se hizo grande, fue creciendo y ocupando un espacio que no le correspondía. Una cárcel. La tartamudez se hizo una cárcel. Nadie conoce la tartamudez y nadie quiere comprenderla. Somos nosotros los tartamudos los que tenemos que remediar esto y por eso escribo mi historia para que comprendáis un poco desde vuestra mente de fluidos. Escribo por eso y porque ahora, con 14 años, tengo que reconocer que algo

pasó en mi vida a los 12 años que hizo que en esa cárcel entrase un rayo de luz, una esperanza distinta de la única esperanza de luz falsa que había y que ya os dije que era la fluidez. Pero esto ya os lo contaré en el siguiente capítulo. Tengo ahora 14 años y después de esta larga travesía por el desierto de la tartamudez he conseguido abrir una vía de luz en mi desesperación.

CAPÍTULO 3: EL CONTRATO

Cuando tenía 7 años mi madre me llevó al médico para hablarle de mi tartamudez. Se puso muy nerviosa para explicarle aquello, ella misma tartamudeaba y le dijo, de eso me acuerdo bien, que cada día era peor y que ella no sabía qué hacer. Después se quedó callada. El médico entonces se dirigió a mí:

- ¿Cómo te llamas campeón?

- Ppppepeeeeeedro –dije después de estar un rato bloqueado con la p-.

No resistió ni la primera manifestación de mi tartamudez que, con tanta tensión en el ambiente, estaba bien preparada para deslumbrar al médico con su flash. Él miró para otro lado y luego se puso a escribir en un papel. Mirar para otro lado significa: *no me gusta tu tartamudez, lo siento, pero no la resisto*. Cuando habléis con un niño tartamudo esto es muy importante: no miréis para otro lado, quedaros en sus ojos, porque la mirada, en ese momento, es un lazo que sostiene y apoya al niño. Retiráis la mirada como cuando veis una escena de pánico en una película de terror porque hay algo horrible que no podéis aguantar. Luego queréis deciros a vosotros mismos que no os importa, que respetáis al niño tartamudo, que lo aceptáis, pero no es verdad. Si miráis para otro lado no lo aceptáis. ¿Sabéis por qué miráis para otro lado?. Os lo voy a decir. Porque vuestra comunicación es como una partida de ping-pong, lanzáis

una pelota y ya esperáis otra y así hasta que termina un punto. Un tartamudo no puede jugar así, necesita más tiempo. Le mandáis una pelota y le tenéis que dar tiempo para que devuelva la suya, nada más que tiempo, esperar. Cuando se espera se escucha mejor. Hay personas, como este médico, que dicen a mis padres que no tienen que preocuparse, pero cuando la ven, cuando ven mi cara de bloqueo, mi pequeña muerte, no pueden resistir ni un minuto en su presencia. Retiran la mirada y acaban la conversación. Podéis imaginar que un médico pregunta más cosas a un niño que su nombre, pues a mí no, me preguntó mi nombre, que además ya lo sabía y nada más. Bueno, reconozco que no es fácil resistir con la mirada la primera aparición de uno de mis bloqueos con su parpadeo, su silencio, su giro de la cabeza y su patada final en el suelo. No es fácil, pero es mi forma de expresarme y tenéis que acostumbraros a respetarla. Cuando me comunico con una persona que me da tiempo, hablo mejor, pero hay muy pocas. Los profesores deberían saber esto. Lo que nos hacéis pasar a los niños tartamudos a veces, y pongo una comparación, es como si a un niño cojo le exigís correr los 100 metros en 15" y os empeñáis en que se esfuerce. No puede. Necesita más tiempo. Puede recorrer los 100 metros pero necesita más tiempo. Claro, esto es más difícil para los que habláis más rápido y sois más nerviosos, pero tenéis que entrenaros. Tampoco es fácil tener en clase a un ciego o a un sordo o a un extranjero que no sabe nuestra lengua. Cuando en clase hay un niño tartamudo, la clase, sobre todo cuando se participa, tiene que ir un poco más lenta y esto seguro que gusta a todos, no es tan difícil.

Ya dije que la tartamudez era cosa nuestra, de los tartamudos, porque muy poca gente la conoce y la comprende, nosotros generalmente tampoco, a nosotros, si no nos ayudáis, la tartamudez nos come enteritos. Necesitamos ayuda. Pero no cualquier ayuda. Yo aprendí que lo que más fastidia y lo que más gusta a esta Gran Dama. Lo que más le gusta es el secreto, el disimulo, la vergüenza y los esfuerzos del tartamudo y de todos los que le rodean por

alcanzar la fluidez. Eso la alimenta, cuando hacéis eso le estáis dando a la tartamudez kilos y kilos de carne para que engorde. La fluidez viene por otro lado.

Lo que más fastidia a la tartamudez es presentarla en público sin mandar le invitación de aviso, es como si la pillases sin estar bien vestida y maquillada y se negase entonces a salir de su lúgubre habitáculo. Por ejemplo, esto que hago yo ahora de escribir sobre ella, la debe de tener medio loca, porque ella se alimenta del secreto, de las ganas que siempre tuve de ocultarla. Pero, lo más grande, lo que me produce mayor felicidad a mí, lo que realmente la derrota, es hablar como tartamudo sin temor, sin pensar sólo que estoy tartamudeando, y lo que debe ser ya el máximo, la bomba atómica contra la tartamudez, es poder decir abiertamente, voluntariamente: yo soy tartamudo. Reconocerlo delante de la gente y empezar a tartamudear sin miedo, como un torero en el ruedo, poniendo el alma en cada pase, en cada bloqueo. Esto lo haré algún día, de momento no me atrevo, y ese será el día más grande de mi vida. Ahí está la liberación del tartamudo, dar ese paso es empezar a vivir con la tartamudez de otra forma. Yo de momento ya dije que sólo conseguí un rayo de luz en mi oscura tartamudez.

Ser tartamudo es difícil, imaginaros decir un sonido haciendo todas las cosas que yo hago, hacer la prueba, coger un espejo y decir Pedro tal como yo, con movimiento de párpados, fuerza en todos los músculos de la cara, presión en la garganta, lengua paralizada. Ah! No olvidéis esperar tres, cuatro o cinco segundos antes de empezar mientras os miran con cara de sorpresa o miran para otro lado. Ah! Y no olvidéis que estáis delante de otras personas. Es feo, verdad que es feo, os hace sentir mal, ¿verdad?, pues imaginarios que encima alguien os dice que no os pongáis nerviosos o que respiréis o que habléis más despacio..., o mejor, que lo repitáis sin tartamudear. Es feo, la tartamudez no gusta a nadie, da risa, pero ¿de qué os reís cuando os reís de un tartamudo?.

No sé, es difícil de entender. Es diferente y como es diferente se nota más, pero atención: NO ES MALO. Os puede gustar más o menos, pero no es malo. No es malo tener la cabeza grande, o ser ciego, o la nariz torcida, es diferente, pero no es malo. No es ridículo, es sólo diferente. Cada vez que un tartamudo saluda a un desconocido, pide un billete de autobús o una cerveza en un bar, cada vez que habla por teléfono o va a comprar el periódico, se enfrenta a esa idea de que él es ridículo, malo, negativo, insuficiente, raro... y tiene que ser él, el que día a día, debe conquistar ese mundo de conocidos y desconocidos para mostrarles que un tartamudo es diferente pero no es malo ni ridículo. Ya sabéis tartamudos, dibujaros un mapa de conocidos y empezar a colocar banderitas cada vez alguien os acepte y dejéis de disimular ante él. Eso es lo que tiene que hacer un tartamudo. Para hacer eso también necesita ayuda

Pero volvamos a aquel médico que a los 7 años visité porque si no os quedaréis sin saber cómo aprendí todas estas cosas. Después de oírme y verme tartamudear, un poco nervioso, el médico me miró la boca y los oídos y me dio una tortita en la cara diciéndome: “esto está muy bien”. Luego se sentó y escribió algo en su hoja.

- Está bien –dijo-. El niño es tartamudo pero esto se le pasará con el tiempo, no tienen que preocuparse ya conocí a más niños así y no tienen que preocuparse. Si pasa el tiempo y no se le quita deben ir a un logopeda para que le enseñe a hablar pero de momento no hace falta, es pequeño y ya madurará.

Así fue mi primera consulta por la tartamudez. “No deben preocuparse”. Mi madre estaba ya preocupadísima y siguió estándolo. Algunas noches venía a darme un beso a la cama o entraba cuando pensaba que yo estaba dormido, y me daba caricias en la cabeza y se quedaba allí mirándome y acariciándome la cabeza un rato con su gran preocupación por mi tartamudez. Yo cerraba los

ojos y me hacía el dormido pero seguía viendo sus ojos y todavía los sigo viendo cuando lo recuerdo. ¡Qué mal lo pasaba mi madre cuando me veía tartamudear!, mal, mal. Para ella la tartamudez sí que era mala, era nefasta, monstruosa. ¡Qué poco me gustaba a mi tartamudear delante de ella!, sobre todo cuando estábamos en público. Y cuanto más lo evitaba más tartamudeaba. Ella trataba de protegerme y contestaba siempre por mí, trataba de evitar que yo hablase. Sin saberlo alimentaba al monstruo.

- ¿Qué tal en el cole Pedro?

- Bien, bien, en el cole va muy bien -contestaba ella-.

Mi padre fue más testarudo. La idea de que yo, como una manzana, iba a madurar algún día nunca le convenció. Él de lo que estaba convencido era de que yo tenía que esforzarme y de que con su ayuda iba a conseguir vencer a la tartamudez. Vencer mi tartamudez, superarla, hacer fuerte mi voluntad. Incluso cuando hablaba bien me recordaba muchas veces: “ves cómo cuando quieres puedes”. El espejismo de mi fluidez momentánea lo cegaba. Si mi madre sufría, él a veces se irritaba un poco conmigo y me reñía por tartamudear: “no entiendo porque hablas así, parece que lo haces por fastidiarme, si vas a hablar así vale más que no digas nada”. Los dos estaban dispuestos a recorrer conmigo el mundo en busca de un remedio. Hubieran ido a Francia o a la China en busca de una solución, pero no se daban cuenta de que el remedio, no mi curación, estaba en casa, en el colegio, en su propia mente.

Al ver que mi tartamudez aumentaba con el paso del tiempo, mis padres a los 8 años decidieron llevarme a un logopeda. Se llamaba Marta. Fueron los dos conmigo. A mí me mandaron ir a jugar a un cuarto y ellos estuvieron hablando mucho tiempo. Yo me lo pasé muy bien. Cuando terminaron mis

padres vinieron muy contentos y me explicaron que a partir de ahora iba a ir con Marta para aprender a hablar bien. Así fue.

Marta era muy simpática y enseguida nos hicimos amigos. Ella me explicó lo que era la tartamudez. Fue mi primera maestra en el tema. Pero lo que no sabía muy bien es que la tartamudez no es sólo un defecto, es mucho más que una forma de hablar, es una forma de ser. Mi tartamudez es así, entiendo que otros se curaran aprendiendo a hablar pero yo no. Yo soy tartamudo de pies a cabeza, de cuerpo entero.

Mi nueva misión consistía en aprender a hablar seguido y para hacerlo me enseñó a hablar dando golpes en la mesa con los dedos siguiendo un ritmo y a hablar dibujando en un papel y de otras formas diferentes. Era increíble, aquello funcionaba. Así hablábamos todo el tiempo y yo no tartamudeaba. Incluso durante un mes dejé casi de tartamudear en todas partes. Marta me dio una confianza que nunca antes nadie me había dado, estaba muy acostumbrada a mi tartamudez y no le importaba, hacíamos ejercicios, pero no estaba cegada por la fluidez, nos comunicábamos, le contaba mis desastres y ella también me contaba muchas cosas sobre la tartamudez.

Mis padres estaban muy contentos y yo también. Marta me enseñó a respirar, a soplar velas y a decir las vocales de muchas formas diferentes, a hacer ejercicios con la lengua y muchas cosas más. Después de un tiempo volví a empeorar y a mejorar y ella decía que era lo normal que se curaba poco a poco. Después de seis meses, les dio a mis padres unos ejercicios para hacer en casa y también les mandó que leyesen conmigo todos los días en voz alta siguiendo un ritmo. Mi tartamudez se había curado o iba a terminar de hacerlo. Al menos, eso creían todos. Al poco tiempo, en clase, como ya os conté, me mandaron leer aquel trabalenguas, *compre pocas copas, pocas copas compre...*, toda la clase se rió de mi y Luis me llamó Pepedro... y, a

partir de aquello, volví a empeorar mucho. La preocupación, el miedo, el nerviosismo ...Todo otra vez y yo más tartamudo que cuando visité a Marta por primera vez. Ella dijo que había que hablar con el colegio para saber lo que pasaba allí, porque algo tenía que estar pasando para que yo empeorase y que siguiésemos haciendo los ejercicios. Lo peor de Marta fue la herencia que dejó: sus ejercicios. Lo que en sus manos funcionaba tan bien, en manos de mi padre se convirtió en algo odioso. Mi padre que trabajaba en un banco había decidido meterse a logopeda.

Sí, aquellos papeles de Marta pasaron a formar parte de mi vida diaria. Ya os dije que mi padre era muy testarudo. Cada día me mandaba respirar, hacer lecturas con ritmo, mover la lengua...y como yo no mejoraba empezó también a perder la paciencia y las prácticas de fluidez se fueron convirtiendo también en un momento de tortura. Mi padre empezó a decir que no prestaba atención, que tenía que esforzarme más, que parecía que él ponía más voluntad que yo. El esfuerzo, la voluntad, la atención, las ganas de mejorar. Él no abandonaba su idea fija: quitarle a su hijo aquella mancha. Ese era mi problema y él cada vez se iba sintiendo más impotente para ayudarme. Cada día mi miedo a hablar aumentaba, también mis ganas de disimular la tartamudez, de ocultarla para que nadie la notase, y todo ello hacía que aumentasen mis desastres en el colegio. Vivía para la tartamudez, ella era mi dueño y también la dueña de mi familia. Había semanas más tranquilas pero otras eran terribles: lectura en lengua, dar la lección en sociales, risas, burlas en el recreo y los profesores sin saber muy bien qué hacer conmigo. Y aquellos sentimientos, aquella terrible sala de la gran dama seguía agrandándose repleta de todo aquello que no me gustaba. No había salida por ahí, la salida estaba en otra parte.

Así empecé mi 6º curso de primaria. Mis padres decían que tenía que volver con Marta, pero yo no quería, era muy maja, pero estaba cansado de

sus ejercicios. Pocas personas habrán soplado, respirado y cantado vocales más que yo, pero eso, debe servir para otros, yo seguía tartamudeando cada día más. La sorpresa me esperaba en el colegio. Nuestro tutor era nuevo. Se llamaba Fernando. El primer día en clase nos presentamos. Hizo una rueda que para mí fue angustiosa, se acercaba mi turno y yo ya estaba, como siempre que había un turno de esos, preocupado y tenso, preparado para tartamudear y al mismo tiempo esforzándome por no hacerlo. Era la primera clase después del verano y no quería empezar mostrando a todos y sobre todo al nuevo profesor cual era mi punto flaco. Teníamos que explicar, de pie, dónde habíamos estado de vacaciones, cuál era la asignatura que más nos gustaba y por qué. Él seguía el orden de la lista. Pedro Díaz. No había escapatoria cuando un profesor seguía la lista. No sé que es peor si seguir la lista o preguntar al azar sin saber si te va a tocar o no.

Fue un desastre, uno más. Tartamudeé durante toda mi explicación. Hubo risitas, alivio y después la vergüenza y la tristeza de siempre.

- Muy bien, dijo Fernando.

Y siguió con la lista. Después llegó el recreo y yo ya estaba mal, no me apetecía jugar, me quedé solo, un poco apartado, mirando cómo Guillermo, Cristóbal, Cristina, Bernardo y Luis jugaban a tirar piedras a una lata de pintura que había quedado tirada en el patio después de las obras del verano. Estaba ensimismado pensando que la lata era yo, cuando de pronto oí mi nombre:

-Pedro, ¿qué tal?, vienes un momento, quiero hablar contigo, ven a mi despacho.

Era Fernando. Caminé detrás de él y entramos en su despacho. Qué mosca le había picado a este ahora, pensé.

-Mira Pedro sé que eres tartamudo y quiero hablar contigo de eso antes de que empiece el curso. Claro si tú quieres que hablemos.

Yo estaba como un tomate. Sorprendido. Tanto que no dije nada. Sólo afirmé con la cabeza. Pero él siguió hablando.

-Yo ya tuve más alumnos tartamudos y creo que puedo ayudarte, si tú quieres. El año pasado tuve otro alumno tartamudo en el otro colegio en el que estuve y sé que lo pasaba muy mal en clase. Tanto que decidí hablar con él porque yo no puedo dar clase con un alumno que está sufriendo por si le toca hablar o no. Pablo y yo hablamos mucho y aprendimos mucho los dos. Hoy en el turno de presentación sé que tú lo pasaste mal y eso tenemos que remediarlo.

Yo seguía mudo. Estaba atónito. Lo tremendo era su frase: *Tú lo pasaste mal y eso tenemos que remediarlo*, no dijo *tú tartamudeas y yo te voy a enseñar a esforzarte para superarlo*. Entendéis la novedad. Nunca nadie me había dicho algo así. Lo que había que remediar no era mi tartamudez, era mi sufrimiento en clase, y eso, eso sólo lo podíamos remediar él y yo. Los dos. En la isla de mi tartamudez había aparecido un compañero. Por fin.

- Yo, yo, ya, ya fui a una lolologologopeda.

- Eso está muy bien y te puede ayudar mucho, pero nosotros tenemos que solucionar este otro problema de pasarlo mal. A mí no me importa tu tartamudez, yo tengo un amigo tartamudo, y él me enseñó que lo peor no es tartamudear, lo peor es lo que se siente cuando se tartamudea delante de la gente. Tenemos que hacer un pacto, un contrato para que tú estés tranquilo. Mira, lee el contrato que hice el año pasado con Pablo, el otro chico tartamudo,

y luego lo comentamos. Toma, y venga, que nos vamos a clase. Ah, de momento sólo te digo una cosa, yo hasta que no hagamos el contrato no te volveré a pedir que hables en clase.

Y me fui a clase sin decirle ni una palabra. Eso sí, con un sobre cerrado que guardé primero debajo de mi jersey y luego en mi libro de matemáticas sin que nadie me viese. Bueno, os parece esto muy difícil, pues para mí fue algo nuevo, como una brisa de esas que pasa por el mar y te llega de frente cuando estás en el extremo del puerto con tu caña pescando al final de la tarde. Tú como primer habitante de la tierra recibiendo la brisa, sintiéndola, disfrutándola. Por fin algo diferente. Y el sobre. “Un contrato”. “No te pediré que hables”. “No me importa tú tartamudez”. Yo me repetía aquellas palabras camino de casa, una y otra vez. Eso sí que era una esperanza, “A mi no me importa tú tartamudez”. Un rayo de luz natural, había entrado en mi putrefacta sala de tartamudo.

Llegué a casa todavía excitado. Dispuesto a encerrarme en el cuarto para leer aquel contrato de Pablo y Fernando.

- ¿Qué tal en el cole hijo?
- Muy bien, mi profesor es nuevo y se llama Fernando.
- Te veo muy contento.
- Sí mamá creo que es muy majó.
- Pues venga a merendar que tu abuela trajo un bizcocho.

Me comí un trozo de bizcocho en dos bocados y me encerré en mi cuarto. Abrí el libro de matemáticas, saqué el sobre, me tiré en la cama y empecé a leer aquel folio:

Por este contrato Pablo, alumno de 5º de primaria y Fernando, su profesor, establecen, después de haberlo hablado con detenimiento, las condiciones en las que Pablo hablará en clase:

1º. Queda prohibido corregir el habla de Pablo diciéndole cosas como: no te pongas nervioso, habla más despacio, respira, piensa lo que vas a decir... y especialmente que se esfuerce por no tartamudear.

2º. Quedan prohibido decir “mira cuando quieres como puedes” cuando Pablo hable bien porque él no puede controlar cuando habla mal o bien. Queda prohibido echar en cara la tartamudez en cualquier situación de clase.

3º. Se acepta la tartamudez como una forma de expresión en la clase que el profesor respetará en todo momento. Cuando Pablo tartamudea Fernando atenderá a lo que dice y no a la forma de hablar. Le mirará de principio a fin y no le ayudará a terminar la palabra que quiere decir.

4º. Queda prohibida, para hablar o para leer, la participación siguiendo el orden de asientos o el orden de la lista porque esto pone muy nervioso a Pablo y le hace estar mal en clase. La participación de Pablo siempre será voluntaria, leerá y hablará cuando él quiera.

5º. La participación al azar también queda prohibida.

6º. Las dos normas anteriores sólo se pueden saltar cuando se lea por parejas porque leyendo así Pablo no tiene problemas. O cuando entre los dos decidan modificarla.

7º. *Cualquier tipo de participación en clase o fuera de ella se negociará cuidadosamente entre Pablo y Fernando y será posible cuando los dos estén previamente de acuerdo en ella.*

8º. *Queda prohibido reírse de la tartamudez en clase y contar chistes de tartamudos. De la aplicación de esta norma se ocupará especialmente Fernando.*

- ¡Pedro, ven a beberte el vaso de leche!

Era mi madre. Yo estaba sumergido en aquella lectura. ¡Esto sí que era la leche! Salí corriendo de la habitación.

- Sí mamá.

Me lo bebí de un trago y volví al cuarto.

- Pero a ti que te pasa hoy, ¿no vas a ver la tele?

- No mami, estoy leyendo.

Y volví al contrato.

9º. *Queda prohibido burlarse de Pablo por ser tartamudo y de esto también se ocupará Fernando.*

10º. *Una vez cada 15 días Pablo y Fernando hablarán para revisar el contrato y comentar los aspectos referidos a la participación que hayan ocurrido durante esa temporada, así como los cambios en el contrato.*

11º. A Pablo se le harán directamente preguntas de sí, no, o preguntas de dos opciones cuando el profesor pregunte a toda la clase, se suprimen las preguntas que piden respuestas largas.

12º. Pablo no dará la lección de forma oral, a no ser que él lo pida voluntariamente, se buscarán otras formas de evaluación que podrán seguir también otros compañeros que prefieran no dar la lección.

Este contrato podrá ser cambiado cuando Pablo y Fernando estén de acuerdo en hacerlo.

Firmado: Pablo, Fernando.

¿Cómo puede haber niños tartamudos en el colegio sin un contrato como este? Pensarlo. Hacer contratos, pactos, declaraciones, lo que queráis, pero rescatar a los alumnos tartamudos de su laberinto, dad ese paso y ya veréis como ellos empiezan a andar. No os dejéis convencer por las ganas que los tartamudos tenemos de disfrazar nuestro problema. Aunque os digamos en un principio que no nos importa, insistir.

Saber que hay más personas como tú ayuda. En realidad, es bueno comparar, pero es malo cuando sólo te comparas con fluidos. Pablo. Otro bicho raro como yo. El amigo tartamudo de Fernando. Había más gente como yo. Siempre me lo imaginé, pero nunca pensé en conocerlos. Yo siempre había admirado a los presentadores de la tele, me quedaba mirando para sus bocas y a veces hablaba al mismo tiempo que ellos con voz y sin voz. Podía hacerlo cuando estaba a solas pero no cuando estaba en mi clase delante de todos. Es bueno comparar si sabes escoger con quien te comparas yo, por ejemplo, os confieso que me comparaba con un motorista que salió una vez en la tele, se propuso saltar con su moto 17 autobuses, ¡qué ganas!, pero se estrelló justo con el 17 después de haber superado 16 y quedó paralítico para toda la vida.

Eso sí que era mala suerte y no lo mío, a aquel hombre le torturaría toda la vida la posibilidad perdida de haber puesto 16 autobuses y no 17, el espectáculo hubiera ido igual, pero el seguiría haciendo footing todas las mañanas por su pueblo americano.

Yo me comparaba con situaciones terribles y encontraba cierto alivio en ello, era un juego de mi pensamiento un entretenimiento absurdo. Es bueno comparar, por ejemplo, compararse con Laika, aquella perrita que habían metido los rusos en un cohete para volar por el espacio pero que no había vuelto nunca, seguro que ella hubiera preferido quedarse en la tierra cuidando el jardín de cualquier ruso y comiendo los restos de su comida, en vez de pasar a la historia como la perrita astronauta. Eso sí que era mala suerte y no lo mío. Ser tartamudo era mejor que eso. Claro me comparaba con saltadores paralíticos, con los niños de la calle de Brasil, con la perrita astronauta, con los marineros rusos que habían muerto en un submarino nuclear, pero no me paraba a pensar que había tartamudos como yo y que con ellos yo podía encontrar nuevos personajes para mi comparación, gente con vivencias como las mías, gente que ya había pasado por donde yo pisaba y me podían decir algo del camino, de lo que ellos se habían encontrado un poco más allá.

Después de conocer a más tartamudos, la comparación dejó de ser una escapatoria, y se convirtió en una gran ayuda porque los otros tartamudos se convirtieron en amigos y también en espejos en los que yo podía verme. Los tartamudos tienen que conocer tartamudos, los sordos a sordos, los ciegos a ciegos. Si no lo hacen sentirán la gran soledad que sentía Laika en su cohete, la soledad de los bichos raros. Es bueno conocer a más tartamudos y no penséis que por hacerlo vamos a empeorar o nos vamos a acomodar como personas en nuestro defecto, al hacerlo, al contrario, yo empecé a ser más persona de 13 años porque cuando Pablo o Dani o Alejandro o Pilar o Raquel, tartamudos como yo, me dicen: “eso mismo me pasó a mí” , lo que hacen es mucho más que darme una opinión o un apoyo de esos que tanto os gustan a

los fluidos: “si casi no se nota la tartamudez”. Lo que hacen es, de verdad, ayudarme a aceptarme como persona tartamuda: me llamo Pedro y soy tartamudo, soy muchas más cosas que tartamudo, pero sólo cuando digo soy tartamudo y no siento vergüenza, ni ridículo, soy capaz de ser todas esas cosas que soy.

Pero nuevamente me estoy adelantando, os hablé de Pablo, de Dani, de Alejandro, de Pilar, de Raquel y todavía no sabéis quiénes son. Ahora sólo os tenéis que quedar con que aquel contrato que me propuso Fernando fue como un oasis en el desierto. Agua fresca. Si yo firmaba un contrato así, mi vida sí que iba a cambiar. Y de hecho cambio.

CAPÍTULO 4: EL GRUPO

Al día siguiente, cuando terminó la clase de Fernando, me quedé el último esperando a que me llamase, pero él no me llamó. Recogió y se fue. Tenía que decirle que quería hablar con él y no me atrevía. Así pasó una semana. Cómo nos cuesta a los tartamudos hablar con los profesores. Yo casi no me atrevía a hablar con Fernando, el profesor que me había entregado el contrato que tanto me gustaba. A veces tengo dudas en clase y no me atrevo a preguntarlas o a veces sé algo que se pregunta y no lo digo, me quedo callado y me pierdo el reconocimiento del profesor, todo menos tartamudear en clase.

El día que en sociales preguntaron cuál era la capital de Uganda, yo lo sabía perfectamente porque me habían regalado un mapa gigante que habíamos puesto en una de las paredes de mi habitación y con mi padre jugaba a buscar capitales y países bastantes veces. Lo sabía pero Kampala empieza por Ka y la K era un sonido difícil para mí, lo digo bien cuando estoy solo o cuando no lo pienso, pero con frecuencia me atascaba con él y eso hacía que a veces apareciese como un auténtico enemigo cuando lo tenía que

decir. Nadie contestaba a aquella pregunta y yo me entretenía pensando en la k. El profesor insistió:

- Medio punto más al que sepa la capital de Uganda.

Aquello lo habíamos estudiado hace tiempo y nadie se acordaba, bueno, sólo yo, pero eso era lo mismo que nadie. No lo dije. No me atreví con la K de Kampala, me daba miedo y no había posibilidad de cambiar esa palabra por otra. Sí, los tartamudos somos especialistas en cambiar unas palabras por otras, vamos a decir una cosa y como aparece la sombra de la tartamudez pues decimos otra, más larga y a veces un poco extraña, pero todo es mejor que tartamudear.

Un día a la semana, para comer, nos dejaban elegir entre carne y pescado. Así conseguían que se tirase menos comida y que nosotros comiésemos mejor, sin esconder trozos de pescado o carne debajo del pan o los cubiertos. La profesora entonces a media mañana nos venía a preguntar qué preferíamos y normalmente lo hacía pidiéndonos que levantásemos la mano.

- ¿Qué levanten la mano los que quieren pescado?

Pero aquel día no había pasado lista y entonces decidió hacer las dos cosas a la vez. Cualquier cosa despierta las alarmas de un tartamudo. Me puse a temblar.

- Cuando diga vuestro nombre me decís si queréis carne o pescado.

El pescado a mí no me gustaba nada, era un trozo de pez con una salsa medio verde que sabía bastante mal y no quería casi nadie cuando era

obligatoria, pero carne empieza por mi temida Ka, ese sonido tan difícil. “Ahora vas a tartamudear” me decía mi mente, “te vas a atascar en esa Ka”, y cuando dijeron mi nombre yo dije:

- Eh, sí, eh, yo quiero comer eso de la caarne.

Cuando veo venir una Ka, siempre me pasa eso, se despierta el miedo y la tartamudez. Si puedo, cambio de palabra o hago cosas antes de decirla como si se tratase de un ritual, si no puedo cambiar la palabra me callo como cuando tenía que decir Kampala. Anticipar es malo, me hace decir cosas raras, pero es mejor decir cosas raras que tartamudear. Mientras digo cosas como *Eh, sí, eh, yo, a mi, mm. ee*, no tartamudeo, me doy tiempo y la gente espera sin reírse, cuando me bloqueo con una Ka y me quedo allí apretando la cara y tengo que dar una patada en el suelo para salir de mi silencio, la clase se ríe, se burla y lo que viene después, esa inmensa sensación de frustración, es lo que más duele. Todo menos esa experiencia tan terrible. Recordad la fiesta del chiste, aquella inmensa soledad que sentí en el campo de fútbol.

Yo no tengo problemas especiales porque soy buen estudiante y tengo pocas preguntas para hacer al profesor, pero imaginaros un alumno tartamudo con problemas en una explicación. ¿Pensáis que va a preguntar abiertamente en clase?. No, los que yo conozco no. Os aseguro que no iban a preguntar nunca. Los profesores dicen:

- ¿Alguna pregunta?, ¿todo claro?, bueno, veo que está todo claro.

Un alumno tartamudo así, es muy difícil que haga una pregunta y, al no hacerla, se pierde un poco en la materia, y otro día otro poco y entonces empieza a no entender nada y, al final, ya está perdido con las ecuaciones, con el análisis gramatical, con las progresiones geométricas, con la voz pasiva en

inglés o con lo que sea. Fracasa. Pero como vamos a atrevernos a preguntar si cada vez que hablamos nos exponemos a que se burlen de nosotros. No, no, yo no me atrevo a preguntar y vosotros, si os ponéis en nuestra situación tampoco. Nadie hace algo sabiendo que se van a reír de él y con la tartamudez esto es muy importante.

Mirad, haced una prueba, levantaros una mañana y estar todo el día tartamudeando con personas desconocidas, sin dar más explicaciones en ningún momento, sin que nadie sepa que estáis haciendo una prueba. No es lo mismo que cojear o que hacerse el ciego, es algo que se entiende peor. Ir a comprar el pan, a tomar un refresco a una cafetería en la que no os conoce nadie, a comprar un billete de tren, id adonde queráis, pero tartamudeando como yo, con bloqueos y movimientos de cabeza y de ojos cuando no os sale. No es una burla lo que os propongo, hacedlo en serio y anotad vuestras impresiones, tal vez después entendáis mejor lo que nos pasa.

Hay que darle al tartamudo la oportunidad de preguntar, pero no delante de todos. Imaginaos que sois profesores y que al final de una explicación tremebunda, de esas difíciles para nosotros, os acercáis al alumno cuando termina la clase y le preguntáis si tiene alguna duda. Así, personalmente, sin esperar a que el tartamudo proclame su tartamudez ante toda la clase y dé ocasión a un desastre de esos que tan poco gustan. Eso es otra cosa. Eso es dejarle tranquilo. Eso es aceptar y comprender. Imaginaos a un profesor que sabe que cada vez que sigue un orden de participación el tartamudo sufre y entonces decide buscar una solución y hace la participación voluntaria o le aclara al tartamudo de antemano que no le va a pedir hablar en esas ruedas del miedo. No es tan difícil y os aseguro que mi vida hubiese sido mucho mejor así.

Claro, los amantes del esfuerzo dirán: *qué se esfuerzen y se superen*, y es verdad, tenemos que superarnos, pero eso vendrá poco a poco cuando los profesores comprendan que somos diferentes, que no tenemos un problema de voluntad, que lo nuestro no es un capricho, que aunque nuestra tartamudez aparezca y desaparezca, tenemos una dificultad real y permanente para comunicarnos que, poco a poco, nos va comiendo todo lo que puede de nuestro ser, sobre todo si los profes, no ayudan.

Ya os lo dije, si dejáis a los tartamudos en manos del miedo, la tartamudez se convierte en el monstruo de las siete cabezas. “Ella que me peina el alma y me la enreda, va conmigo, pero no sé dónde va”, con este trozo de canción, lo explicaba Pablo, un amigo tartamudo, un día en el grupo del que os hablaré. La tartamudez se había comido sus ganas de hacer amigos, sus ganas de estudiar, sus ganas de participar en muchas actividades, le había dejado a la puerta de todo, “la tartamudez es un guardián de mis propios sueños, los vigila para que no se realice ninguno” dijo un día.

El caso es que no me atrevía a hablar con Fernando y entonces se me ocurrió una estrategia: le preguntaría algo de lengua y después le diría que quería hacer un contrato como el que me había dejado.

-Es que no entiendo bien el análisis de esta frase, me lo puedes explicar otra vez –le dije tartamudeando y nervioso.

-Venga. El sujeto es...- y me lo explicó.

- Ah! Y que lo del contrato bien.

- Eso estaba esperando, pensé que no te había interesado. Mañana lo hablamos despacio.

Mi contrato a la semana siguiente estaba ya preparado, era muy parecido al de Pablo, pero lo importante, además, fue que cuando lo hicimos empecé a hablar con Fernando de lo que nunca había hablado con nadie: de mi tartamudez. Estuve hablando con Fernando más de una hora, tartamudeando sí, pero me solté, él no hacía otra cosa que escuchar. No paré de contarle historias sobre la tartamudez y él me escuchaba muy atento y, lo más importante, ¡No le importaba que yo tartamudease!, ¡eso sí que era un tesoro!. Alguien que es capaz de producir en el tartamudo esa sensación es su verdadero educador, su maestro. Le oye tartamudear y sigue escuchando lo que dice, le escucha con su oído, con su cuerpo y con su mente. No le importa ni el *pppeepeppedro*, ni *pooooooco*, ni el *a a a mi, a mi me, es que a mi me meme ppparee, mmme papaparece*, nada, eso no le importa., espera, le da tiempo, le deja terminar. No quiere arrancar nada de su boca, ni tachar un sonido de su voz. Ese es el educador del tartamudo. Os lo dice un tartamudo de 14 años, tartamudo de pies a cabeza, después de haber conocido a muchos profesores y a algunos tartamudos como yo.

Mis padres fueron un día a hablar con Fernando y aquella noche por primera vez en años, me acosté sin hacer ejercicios de fluidez. Me dijeron que Fernando les había parecido muy majo y que en vez de con Marta, iba a ir con otro logopeda que él les había recomendado.

Yo estaba un poco avergonzado porque a Fernando le había contado muchas cosas de mis padres y tenía la sensación de que les había traicionado. Desde aquel día en casa la tartamudez, mi tartamudez, se convirtió casi en un tabú, un tema del que no se hablaba. Mi padre metió en un cajón los ejercicios de Marta y dejaron de estar encima de la mesa de su despacho o encima de la lavadora o sobre el mármol de la cocina. Desaparecieron. La tartamudez dejó de importarles tanto como antes. Mi madre seguía sufriendo pero se fue

acostumbrando a mi tartamudez y yo por lo menos no sentía tanto su angustia. Mi padre dejó de ser mi logopeda a domicilio, hacíamos muchas cosas juntos, me daba consejos de todo tipo, pero la tartamudez desapareció de su vocabulario, no insistió más en sus teorías de la superación personal. ¿Qué les habría contado Fernando?. Todo en casa pasó a ser mejor.

De la tartamudez no se hablaba para nada. Después de tantos años de esfuerzos por conseguir la fluidez, aproveché el momento para disfrutar y ser más feliz en mi casa. Siempre lo había sido en cierto modo, pero ahora sin ese garbanzo de la fluidez por todas partes todo era mejor para mí. Sigo pensando que no soy del todo el hijo que ellos hubieran querido tener, ¿quién puede querer tener un hijo tartamudo?, pero su nueva actitud, el abandono de la lucha frontal contra mi problema nos hizo mejores a todos. Algún día hablaremos abiertamente del tema, estoy seguro. Fernando dice que con el tiempo todo llegará, que de momento ellos comprenden la tartamudez de otra forma y que poco a poco se van a acostumbrar a vivir con ella día a día. Para papá fue muy duro reconocer la impotencia que sentía ante este problema, no penséis que se resigno, no, sencillamente ve el problema de otra forma y ahora con su actitud realmente me está ayudando.

Ah! Voy a decir algo que no sé si os va a sorprender: mi fluidez desde que había conocido a Fernando, desde que en mi casa ocurrieron las cosas que os acabo de explicar mejoró. Pero eso no es lo más importante, no me gusta que me digan que ahora hablo mejor. Lo importante no es que tengo fluidez, lo importante y os lo voy a decir pensando en una canción cubana que le encanta a mi madre: es que “cuando me veo y toco, yo, Pedro tartamudo, nada más que eso ayer, hoy me miro a mi, y me veo yo, Pedro tartamudo con todo lo que tenía que tener, y me pregunto, me pregunto cómo ha podido ser...Sí, tengo el sol, tengo la luz, tengo la libertad de tartamudear y de pensar que algún día diré *soy tartamudo* en una Plaza Mayor, en español y, si hace

falta, en inglés,... y me pregunto, sí, me pregunto cómo ha podido ser, yo, Pedro tartamudo, nada más que eso ayer, hoy Pedro con todo lo que tenía que tener”. Eso es lo importante, Pedro con todo lo que tenía que tener y no sólo la fluidez. Por eso me molesta un tanto que me digan que ahora soy más fluido o que no tartamudeo aquí o allí, yo quiero ser yo, ni fluido, ni no fluido, eso es un adjetivo, como el rubio de vuestro pelo o la grandeza de vuestra nariz, un adjetivo que podéis ponerme, yo lo admito, pero yo soy mucho más que eso.

Mi nuevo logopeda se llamaba Carlos. Vaya tío. Los primeros días estuvimos hablando y hablando. Bueno, sobre todo hablaba yo. Le conté lo mismo que a Fernando, los recuerdos eran vivos nuevamente, frescos, él me escuchaba y tampoco le importaba mi tartamudez. Carlos no era tartamudo, pero estaba acostumbrado a hablar con tartamudos. Yo tartamudeé mucho aquellos días, pero, otra vez, me solté. Carlos con su cuerpo, con todo su ser, tenía un mensaje de aceptación, como esas personas que parecen decirte: “quiero que estés aquí, sigue, quédate un poco más”, sabía muy bien qué era la tartamudez y fue la primera persona que me lo explicó. Él fue el que me habló de la cárcel y de aquella sala de la Gran Dama de que os hablé en otro capítulo. Yo le pinté mi sala de la Gran Dama con todo lujo de detalles y con aquel dibujo me sentí muy bien y muy mal, las dos cosas a la vez.

Carlos conocía imágenes maravillosas que lo explicaban todo y con ellas jugábamos día tras día. Nos dejaban conocer la tartamudez y darnos cuenta, a los dos, de que no todo estaba perdido de que algo se podía hacer.

- Ahora –me dijo un día- tú eres como un pájaro rompiendo un enorme cascarón y asomando la cabeza al mundo exterior, pero tienes que tener cuidado, eres muy frágil todavía.

Esta sí que era una buena comparación y no aquellas terribles que antes me entretenían tanto, el motorista que saltaba autobuses o la perrita Laika... es bueno ocupar la mente con imágenes que te digan dónde estás y yo estaba sólo naciendo, saliendo de un enorme cascarón.

Carlos me dijo también que tenía que hacer ejercicios en casa y yo me puse a temblar. “Más respiración no” –pensé-, pero no, me dio una fotocopia que decía: *Escribe cinco cosas que te gusta hacer, piensa en dos cosas que haces muy bien, piensa en cinco cosas que a los demás les gusta de ti y escríbelas.* Y eso que hacíamos también ejercicios de relajación, de respiración y hablábamos de formas diferentes... pero su rollo era muy distinto del de Marta. Yo, en casa, no tenía que hacer ejercicios de aquellos porque él me lo pidiese, los hacía cuando quería. Por ejemplo, me enseñó un ejercicio de relajación que me gustó tanto, que decidimos grabarlo para que yo pudiese hacerlo en casa cuando lo necesitase. Antes, además, yo sólo pensaba en la tartamudez, en mis malos momentos y Carlos me hablaba de disfrutar de los buenos momentos de fluidez, de escribirlos para no mirar sólo lo que no me gustaba, lo malo, lo negativo.

- Tienes que atender a lo positivo - decía - y lo primero positivo es que un tartamudo no es tartamudo siempre. Eso os diferencia de los ciegos, los sordos, los paralíticos y de otros discapacitados: la tartamudez aparece y desaparece. No tienes que ocultar la tartamudez, tienes que aceptarla, pero al mismo tiempo disfruta de los momentos de fluidez. Si un ciego pudiese ver sólo un momento, sabiendo que después se volvería otra vez ciego, ese cambio continuo podría atormentarle, pero si tú hablastes con él le pedirías que estuviera preparado para disfrutar de los momentos de visión.

- Ya, ¿y si no supiese cuándo va a ser ciego o cuándo va a ver?.

- Bonita pregunta. Yo le diría que se esforzase por conocer lo que ocurre antes y después de recuperar la visión para ver si encontraba alguna señal, alguna regla. Lo malo sería que sólo pensase en los momentos de oscuridad o que sólo viviese para los momentos de luz, deseando recuperar toda la visión y se olvidase de lo que es él.

- Ya, pero eso es muy duro. Es muy difícil ajustarte tan bien a lo que te pasa. La gente no lo comprende como tú y no te ayuda nada. Te recuerdan continuamente lo malo que es tartamudear. Mis padres, cada profesor, los compañeros...nadie quiere ver mi parte positiva...sólo se fijan en la tartamudez...sólo esperan de mí la fluidez...eso es muy duro.

- ¿Cuántos años tienes?

- Ya lo sabes. 14 años.

- Pues para tener 14 años explicas muy bien lo que es la tartamudez. Claro que es duro. Ten en cuenta de todas formas que para llegar hasta este punto en el que tu estás hay personas que tardan años. Muchos se pasan años ocultando su problema, negándolo, viviendo de puntillas; esforzándose sólo por ser fluidos y porque no se les note su tartamudez. Y yo estoy convencido de que si no se acepta la tartamudez, la fluidez no llega, hay que conocerla, comprenderla...

- Por ejemplo, ahora estoy hablando contigo y no estoy tartamudeando.

- Sí, es cierto. ¿Y piensas que vas a tartamudear?.

- No.

- ¿Por qué?

- No lo sé. No lo sé.

Después de estar un momento callado, en un silencio que no era molesto ni para él ni para mi continuó:

- Pablo, dice que es algo interior. Una sensación interior de seguridad que de momento puede tener en muy pocos sitios y con pocas personas.

- ¿Quién es Pablo?

- Otro chico como tú que viene por aquí.

- Ya me habló de él Fernando. ¿Tartamudea más que yo?

- Mira, eso es lo que te interesa su tartamudez, sólo sabes ver eso...

- Vale, me pillaste.

- No, no te pillé, pero es que tienes que pensar más en positivo, tienes que pensar en cosas distintas de la tartamudez, sólo piensas en tu tartamudez.

- Bueno, no me líes, ese Pablo tiene razón, cuando no tartamudeas es algo interior, estás seguro de algo pero no sé de qué.

- Eso os pasa a todos, es una seguridad que sentís los tartamudos, algo especial a lo que nunca atendéis. Algo positivo. ¿Por qué no atiendes a eso?. Os quedáis sólo con lo mal que lo pasáis después de...

- ¡Claro! –contesté - fuera de aquí, en la calle, en las tiendas, en el cole, no sé, la gente se fija sólo en mi tartamudez, parece que están esperando para

verme tartamudear. Y cuando lo hago ya están pensando que soy medio idiota, tenías que ver su mirada.

- Eso es lo que tú piensas. Les sorprende pero no les importa tanto. Te lo aseguro. Están muy ocupados para quedarse pensando en ti dos segundos después de que tú te vayas. Además, no olvides que hay profesores como Fernando, pocos, pero tú tuviste la suerte de dar con uno y de tener un contrato de participación en clase. Tienes que pensar y que conseguir que la gente sea como Fernando. Cámbialos. La gente cambia. Tus padres cambiaron.

Yo no le veo nada positivo y Carlos dice que tengo que encontrarle algo positivo. ¿Cómo va a tener algo de positivo quedarse parado en una K, mientras toda la clase se troncha de risa?, ¿Cómo va a tener algo de positivo sufrir antes, durante y después de hablar mientras los demás se ríen o se te quedan mirando como si fueses un ser extraño?. De positivo, nada. Siempre me molestó esa pregunta de Carlos y siempre le dije que si el fuese tartamudo no me diría nada positivo de la tartamudez. También reconozco que Carlos sabía ver la tartamudez desde un punto de vista diferente y ofrecía nuevas posibilidades. Siempre sabía situarse en otro lugar y me hacía ver mi situación de una manera diferente. Para él lo importante no era el habla, lo importante era yo.

- La tartamudez no gusta a nadie y no tiene nada de positivo –le dije un día bastante enfadado. Eso nunca lo dirá un tartamudo.

- ¿Tú conoces más tartamudos?

- No muchos. Pero sé lo que se siente con este problema. Pablo seguro que siente lo mismo que yo.

- En eso estoy de acuerdo. ¿Te gustaría conocer a más tartamudos de tu edad?.

- Sí, claro que sí. Me da un poco de miedo pero me gustaría.

- Mira, la semana que viene, el viernes, tenemos reunión del grupo de tartamudos. Si vienes conocerás a Pablo, Dani, Alejandro, Pilar y Raquel, a lo mejor a Miguel, otro chico nuevo. En el grupo lo que hacemos es hablar de tartamudez como hacemos aquí, pero como hay más tartamudos de tu edad puedes conocer de verdad lo que piensan. Coméntaselo a tus padres.

Yo no dije nada definitivo, pero aquello me hizo pensar mucho. Un grupo. ¿Quiénes serían?, ¿Cómo sería su tartamudez?, ¿Qué haríamos allí?, ¿Qué les iba a contar yo?. Por momentos pensaba que no me hacía falta aquello y por momentos me sentía más animado a ir. En estos pensamientos andaba yo cuando Carlos me volvió a preguntar si iba a ir al grupo el viernes y acepté.

Acepté, al final acepté porque todo lo nuevo que me había ocurrido ese año era bueno y además, a mis padres, les había parecido bien la idea. Mis padres habían conocido a Carlos, iban a hablar con él de vez en cuando y sus miradas, todo, era diferente. No hablábamos de la tartamudez pero su apoyo, su confianza en mí era muy importante. Me emociona pensar en su cambio porque cada día tienen detalles conmigo que me hacen feliz y eso que, aunque menos, sigo tartamudeando. El viernes a las 7 de la tarde iba a conocer a un grupo de tartamudos. Desde que lo supe el miércoles no tuve otro pensamiento. El grupo fue la bomba. Mi vida empezaba a cambiar.

A la primera reunión fui muy nervioso. Cuando llegué ya estaban allí Pablo y Alejandro comentando una revista de coches. Pablo repetía muchas

sílabas y se bloqueaba, Alejandro hablaba mejor, hablaba bajo y muy despacio y se bloqueaba de vez en cuando pero muy poco. Luego llegó Dani, también especialista en coches y comentó que acababa de ver un Porsche Carrera plateado bajando por la Calle Toreno. Reconozco que me fijaba mucho en su manera de hablar, estaba analizando su tartamudez, la de todos, y no me fijaba casi en lo que decían. Estuve callado hasta que Pablo me dijo:

- Tú, eres nuevo. Debes dede ssseer Pppepp Pedro. Caaarlos me hablo dedede ti. Mimimira, yoo soy Papablo y estos dos Dani yyy Alex.

Luego llegó Carlos que estaba en su despacho con las dos chicas tartamudas Raquel y Pilar. La reunión empezó. Carlos me presentó y yo les conté un poco de mi vida y luego el primer tema era hablar de la semana, de los grandes acontecimientos de la semana. Entonces Pablo dijo que había escuchado una canción que para él resumía lo que era la tartamudez.

- Essta escrita papapara para para una tía pero yo la cambié. Si quequequereis la pongo y la escu chamos.

Carlos trajo un casete. Era una canción de Alejandro Sanz. Después de oírla, Pablo nos leyó su versión y la comentamos entre todos. Todos teníamos mucho que decir. Terminamos hablando de lo importante que era que nosotros mismos reconociésemos ante la gente que éramos tartamudos, que era algo que teníamos que hacer, que era muy difícil, pero que nos iba a ayudar. Otra idea positiva de Carlos.

Bueno, qué queréis que os diga. Hacer grupos de tartamudos y dejarles compartir sus experiencias, a mí por lo menos me fue muy bien. Todos eran más o menos de mi edad pero todos teníamos historias diferentes con la tartamudez y entre todos la íbamos conociendo cada día mejor. Nos fuimos y yo aquel día me sentí un poco extraño pero muy bien. "Decir a la gente que

eres tartamudo” .Aquella idea quedó en mi mente bailando. Era una gran verdad. Bastaba de secretos. Hay secretos inútiles, pero qué difícil es romperlos. Lo oculto. Seguro que todos tenéis vuestra parte secreta, aquello que no contáis a nadie, pues bien, imaginad que ahí está vuestra identidad, lo que más os importa y que alguien os dice que lo tenéis que compartir. Difícil, ¿no?. Pues mirad cual fue mi primer paso. El martes siguiente en el colegio, cuando recogíamos los libros, Jorge, mi compañero de mesa, que era alérgico y estaba siempre luchando con sus mocos dijo:

- No sé si habrá en el mundo cosa más asquerosa que los mocos, quién los habrá inventado.

Y yo que estaba allí, recogiendo mis libros, le solté:

- Y yo no sé si habrá cosa más asquerosa que la tartamudez, quién la habrá inventado.

- ¡Jo!, eso es peor que los mocos, la tartamudez es la puñeta - dijo Jorge.

- Dímelo a mí. Cada vez que hay que hablar en clase lo paso fatal. Lo peor es que esto no se arregla con un pañuelo.

- Bueno los mocos tampoco se arreglan con un pañuelo, pero reconozco que lo tuyo es peor.

Parece una tontería pero fue un gran paso. ¡Qué bien me sentía después!. Hablar de la tartamudez es lo que la destroza, lo que derriba los muros que ella levanta. Desde aquel día mi relación con Jorge fue diferente, no

éramos muy amigos pero nos respetábamos y capté algo importante, él nunca más me llamó Pepedro. Para él volví a ser Pedro.

Cuánto quedaba por hacer. Carlos, el logopeda, nos mandó hacer un mapa con todas las personas con las que hablábamos para ir luego pintando de color verde, color de la esperanza, a aquellas personas con las que habíamos hablado de la tartamudez, de nuestra tartamudez. Eso sí era esforzarse, pero no por hablar, era esforzarse por relacionarse. Había que escoger el momento.

En el grupo todos tartamudeamos de una forma diferente. Raquel por ejemplo, tartamudea muy poco, pero ella, cuando les conté lo que me había pasado con Jorge, dijo que nunca se atrevería a hacer lo que yo había hecho con Jorge porque en su clase había muchos que no sabían siquiera que ella era tartamuda. Claro, tartamudeaba tan poco que casi no se le notaba. A veces se tartamudea muy poco por fuera pero se es muy tartamudo por dentro y a veces al revés. Yo creo que Pablo, tartamudeando más que Raquel, es por dentro menos tartamudo que ella.

Así somos. Más o menos. Seguro que conocéis a algún tartamudo y decís que no tiene nada que ver con mi historia. Puede ser. Es posible; pero tened el cuidado de comprobar si está ocultando su problema. Ya sabéis que algunos animales cambian la coloración y se confunden con el ambiente en el que están para no ser vistos por sus enemigos. Vivir disfrazado para que no te llamen tartamudo es muy triste.

Sí, así somos. Es nuestra forma de ser, diferente, si queréis fea, podemos admitirlo, no gusta a la gente, hay que acostumbrarse a ella, pero no es mala. Cada uno lo vive con sus matices y ahí estaba lo bueno. Por ejemplo, Alejandro odia el teléfono, no puede ni pensar en él. Siempre que puede se

escaquea, nunca llama, pero cuando le llaman no tiene escapatoria. A mí también me costaba hablar por teléfono, pero no tanto. Lo que todos tenemos en común es el miedo al colegio. Todos estábamos a favor de los contratos pero sólo Pablo y yo teníamos uno. Los profesores de Alejandro y Dani, no les dejaban en paz con la fluidez, los querían fluidos a toda costa. A Raquel, nadie le decía nada, pero ella lo pasaba muy mal vigilando su secreto. Siempre decía en las reuniones: “Si alguien me llama tartamuda, me desmayo”. A Pilar no le hacían participar nunca, hacía tiempo que no hablaba en clase, estaba tranquila pero se sentía un poco mal por no participar preferiría tener un contrato. Pablo y yo les hablamos de Fernando y de nuestro contrato y todos decían que les gustaría tener un profesor así. Es verdad, estoy orgulloso de mi profesor y me gustaría dedicarle esta historia porque él fue el que me sacó de aquel laberinto, el que puso un rayo de luz en aquella sala oscura, el que me hizo esperar más en ser persona que en ser fluido.

Todos nos emocionamos un poco cuando oímos la canción que Pablo nos puso aquel día en la reunión. Carlos, el logopeda, siempre decía que teníamos que expresar nuestra tartamudez y nos animó a escribir nuestra historia, con nuestras palabras. A mí la idea me gustó, se la comenté a Fernando y, ya veis que estoy llegando al final. Mi historia ya la conocéis. ¿Servirá para algo?. No lo sé, tal vez la lea un profesor, un padre, o un logopeda y aprenda a ponerse en los zapatos del tartamudo, en su pellejo. Tal vez la lea un chico tartamudo como yo y le sirva de algo. ¡Ojalá!. Ese sería el mejor final para mi historia. Pero como eso no lo puedo saber voy a terminar con la versión adaptada de la canción de amor que hizo Pablo. Si la leéis en clave de tartamudez, os daréis cuenta de que tiene mucho que ver con lo que os he contado y con lo que sentimos algunos tartamudos. Ah! Y no lo olvidéis, si sois profesores y algún día os encontráis con otro alumno tartamudo, pensad en él más que en su manera de hablar porque se pasa muy mal con este problema cuando todo el mundo piensa sólo en que el tartamudo tiene que

hablar bien. Escribo un poco emocionado, pero también contento por terminar, ha sido realmente duro llegar hasta aquí. Cuando cumpla los veinte puede que escriba la segunda parte. Y ahí va la canción como despedida.

*Ella, se desliza y me atropella, y aunque a veces no me importe,
sé que el día que aparezca volveré a sufrir por ella,
que parece que se esconde, que se marcha y que se queda,
que es pregunta y es respuesta, que es mi oscuridad.*

*Ella, es ella, que me peina el alma y me la enreda,
va conmigo, pero no sé dónde va. Mi rival. Mi compañera.
Que está tan dentro de mi vida y a la vez está tan fuera.
Y sé que volverá a perderme cada vez que mi boca se equivoca...*